

Las tentaciones de doña Victoria*

Victoria Novelo**

In Memoriam:
Guillermo Bonfil,
Eli de Gortari y Angel Palerm

En 1974 terminé de escribir mi tesis de maestría en Antropología Social, para la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), tesis sobre artesanías que luego se publicó en un libro de portada verde de la colección SEP-INAH. En el entonces Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Nacional de Antropología e Historia CIS-INAH, donde yo era becaria, Angel Palerm leyó la tesis para ver si se publicaba; en nuestra primera conversación sería me dijo, palabras más palabras menos: “Victoria, afortunadamente eres muy buena etnógrafa; tienes un buen poder de observación y relatas muy bien tus hallaz-

gos. Por eso no entiendo para qué diablos tienes que usar constantemente a Lenin para apoyar tus propias observaciones. ¿Qué no te puedes valer por ti misma? ¿No puedes dejar que Victoria Novelo se apoye en las observaciones de Victoria Novelo para aventurar sus explicaciones? Tú no necesitas muletas para caminar”. Entonces me mandó rehacer varias partes de la tesis, me sugirió quitarle como 50 citas de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y me recomendó leer más a Bakunin para reafirmar mi esencia anarquista que, según él, yo no quería aceptar. Siempre le he agradecido al viejo Palerm esa plática y la revivo cada vez que tengo que dar a conocer mi pensamiento académico. Esto viene a colación porque para esta reunión se me ha pedido hacer una reflexión valorativa sobre lo crudo y lo más cocinado —teóricamente— en mi investigación de tesis doctoral (recientemente publicada) o, en otras pala-

* Ponencia para la Tercera Reunión Anual: enfoques teóricos de la antropología mexicana reciente, UAM-Iztapalapa, septiembre de 1991.

** Investigadora del CIESAS, México.

bras, decir cómo y con qué construí el andamiaje donde fui acomodando la explicación.

Cuando Esteban Krotz me convenció para estar aquí, me pidió abordar muchos temas en la ponencia; de acuerdo con lo que entendí, voy a tratar de exponer brevemente el sistema de parentesco en el que se ubica mi perspectiva de investigación, las orientaciones que guiaron mi pensamiento y quizás un poco de mis buenos propósitos metodológicos para la siguiente investigación. Lo que continúa es, en todo caso, un deslinde de cierto pensamiento social.

Ante todo, debo informar que en la investigación tomé como sujetos de estudio al grupo de técnicos y profesionistas de la sección 34 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana. Se buscó explicar la emergencia y la viabilidad de su proyecto sindical democratizador tal y como se desarrolló dentro de una estructura de poder sindical tradicionalmente autoritaria, vertical y corrupta.

Luego de pasar revista a los tipos de manejo sindical que son más típicos en México, la investigación se guió por una serie de interrogantes con los que pretendí entender y explicar la vida cotidiana del enfrentamiento entre prácticas sindicales opuestas.¹

De la manera en que fui haciendo el trabajo de investigación diré (¿o habré de decir "confesaré", dados los tiempos que se viven?) que, en términos generales, fue orientada por las concepciones del pensamiento de la fa-

milia marxista. Familia que, como se sabe, está llena de hijos legítimos, bastardos, desconocidos, entenados y adoptivos, quienes a su vez han procreado más hijos producto de matrimonios solemnes y permanentes, de uniones libres, de amasiatos clandestinos y de amoríos pasajeros.

Sinceramente no puedo describir la genealogía con exactitud en términos de rayitas horizontales derechitas que van uniendo las ascendencias, descendencias y colaterales. Primero, porque algunas de las ideas que me iluminaron tanto para indagar los problemas como para explicarlos se escaparon de personas que permanecieron en la familia, mientras que otros fueron echados de ella y algunos, incluso, renegaron de su ascendencia, también hay lo que permanecen en *stand-by* en lo que se acuerda su verdadera filiación. O si no, ¿dígannme cómo colocar en un esquema cuadradito a Trotsky, Gramsci, Lenin, Revueltas, Braverman, Lukacs, Anderson, Michels, Mallet, Panzieri y Thompson, para hablar de algunos conocidos hermanos y hermanastros, hijos e hijastros del mismo apellido paterno?, ¿es difícil, verdad? Y eso que no he pensado todavía en los apellidos maternos.

En el orden metodológico, lo que me atrajo de las ideas de estas personas fue la coherencia de sus planteamientos y su interés en el estudio de problemas sindicales y del trabajo, desde una posición dialéctica moderna, digamos post-hegeliana, que orientó sus análisis. Estos siempre estuvieron enfocados a transformar lo que iban conociendo y describiendo, ubicándose de manera*

¹ Victoria Novelo, *La difícil democracia de los petroleros; historia de un proyecto sindical*, CIESAS, El Caballito, México, 1991, 162 p.

precisa dentro de alguna de las tendencias del movimiento obrero en que les tocó participar.

Lo mismo que dice E.P. Thompson acerca del valor de la “experiencia vivida” como elemento que aglutina e identifica a la clase obrera en su proceso de formación, puede decirse de los intelectuales que han explicado alguno de los aspectos de la clase dentro de la que actuaron; sus propuestas siempre han partido del estudio de los hechos y de su experiencia en ellos, para darle contenidos concretos —históricos, y por lo tanto diferentes según los casos— a las orientaciones que guiaron las acciones de ese movimiento obrero.

Esa “coherencia dialéctica”, por llamarle de algún modo, me parece que es central en el pensamiento marxista, y he buscado adscribirme a ella desde que me inicié como investigadora. Esa coherencia no se agota en el método de investigación, deriva de toda una forma de concebir el mundo, de vivirlo y de sentirlo. Al menos esa es mi experiencia. Por eso a mí siempre me ha parecido difícil separar el método de la teoría, el dicho del hecho, el pensamiento de la acción.

La manera en que yo vivo mi realidad social, el resultado siempre cambiante, cultural y afectivo de mi experiencia cotidiana, que incluye mi vida profesional, y por lo tanto el “callo” que se me ha ido haciendo para actuar en sociedad así como el color del cristal con que la miro, orientan las preguntas que me hago y que intento responder desde el ángulo de mi profesión de antropóloga social. Mis años, lo que he vivido, lo que he leído, lo que voy sin-

tiendo, me permiten afirmar sin recato que todo es, efectivamente, un constante devenir (dicho a la manera heracliteana, aunque hay otras fórmulas más modernas).

Por eso pienso que no hay nada más oscurantista y alejado de la realidad que los dogmas (tanto en el terreno de la ciencia como en el de la vida diaria), por más que éstos sean la base de los diversos cultos en boga (religiosos y políticos), pletóricos de rituales inventados para mantener la fe de las masas en lo que dicen quienes inventaron el culto, los sumos-sacerdotes-dirigentes.

De ahí se desprende —y esto quedó implícito en la exposición de los resultados de investigación— que el uso metodológico que hago de la herramienta proveniente del pensamiento marxista trata de alejarse de los esquemas rígidos, para buscar en cambio, desarrollar la creatividad (hasta donde me es posible) en el análisis de situaciones que se desarrollan en un espacio y un tiempo distintos a los que pudieron haber conocido algunos de los autores inspiradores que he leído.

Para mí, como seguramente para mucha gente, el pensamiento marxista es un fuerte estimulante para pensar con imaginación, para hacer preguntas pertinentes, para buscar respuestas por muchos lados porque, sobre todo, se basa en una concepción del mundo que de entrada desconfía de las verdades universales, unívocas, lineales y por lo tanto esquemáticas y cuadradas. No es un pensamiento que excluya otros con los que pueda confrontarse, compararse y enriquecerse, ni es un conjunto de conceptos que se deba usar como “de-

claración de principios". Que yo sepa, nadie se vuelve marxista por usar una terminología que incluya los conceptos de "relaciones de producción" y "lucha de clases", al igual que nadie se convierte en católico por el sólo hecho de santiguarse.

Lamentablemente, la creatividad que le es inherente a la "coherencia dialéctica", como la llamaba antes, fue abandonada por varias líneas de sucesión de la familia marxista dando lugar, en el terreno de las explicaciones del acontecer social, a tremendos mamotretos que encierran a la sociedad en diccionarios o en manuales del deber ser e incluso inconscientemente en obras de ciencia ficción donde la clase obrera sólo es visible, y por lo tanto inteligible, si se le viste con la camisa de fuerza llamada partido, única institución ungida con la virtud de explicar los avances del movimiento obrero, si los hay.

Estoy pensando, por ejemplo, en una historia de la clase obrera mexicana hecha desde la antigua Unión Soviética y que sigo sin encontrarle parecido con la realidad nacional. O bien, en declaraciones como la que hizo el viceprimer ministro y ministro del exterior norcoreano hace pocos días cuando pontificó: "el marxismo ya no es más válido porque demostró no saber dar una respuesta global y científica a los problemas de nuestro país en un contexto internacional que cambia rápidamente", por lo que, acto seguido, anunció el abandono de lo que él creía era una bola de cristal infalible.²

¡Pobre marxismo! Como si una escuela de pensamiento pudiera ser acusada de las torpezas, barbaridades y delitos de esa humanidad que han hecho y hacen muchos que dicen ser sus seguidores. Es igual que cuando se mata en el nombre de Dios, o cuando se le hace la guerra a la población o se interviene militarmente un país en nombre de la democracia y la libertad. ¿Y alguien le echa la culpa de los desaguizados y los mártires a Dios, a la democracia o a la libertad, enjuicia a Weber por haber escrito sobre el espíritu emprendedor del capitalismo? No. Entonces, ¿por qué atribuir la culpabilidad del derrumbe de estatuas, muros, valores y hasta nombres de ciudad, fronteras y métodos de pensamiento, al para ahora maltrecho y medio abandonado club del marxismo? Nuevamente me parece que muchos se han dejado ir por las respuestas rápidas al estilo del ministro norcoreano.

El marxismo o, más correctamente, un segmento revolucionario de los seguidores de esta filosofía de la vida hizo lo que pudo o lo que quiso con la interpretación marxista de la sociedad, pero sin duda elevó al rango de protagonista fundamental al proletariado de los países industriales y explicó en dónde se ubica la contradicción principal de la sociedad capitalista. También sucedió que cuando esos seguidores se hicieron del poder, dirigieron países y poblaciones con el mismo ánimo hegemónico que cualquier fracción de clase dominante, fabricándose una imagen publicitaria que escondía una realidad que no siempre resultó una alternativa superior al capitalismo.

² *La Jornada*, viernes 13 de septiembre de 1991, p. 52.

Y mientras tanto, el adversario supuestamente liquidado organizó una forma de "convivencia" internacional que en su base tenía la obsesión por el espectro de la revolución social y el comunismo, espectro luego transformado, como dijo Eric Hobsbawm,³ en el miedo al poder militar de la URSS. Así se dio lugar a una política mundial de "guerra fría" que mantuvo al mundo dividido en dos campos durante 70 años y a los pueblos de los países occidentales, educados en ese miedo, con todo su séquito de fantasmas, ideologías e histerias.

Desde 1989 asistimos a la posibilidad de escudriñar la verdadera naturaleza de las relaciones sociales que funcionaban entre los campos y tras su aparato publicitario. Francamente, el espectáculo es desalentador en términos morales y humanos. Unos y otros nos han tomado el pelo a todos durante mucho tiempo.

Hubiéramos podido saber antes muchas más cosas si no fuera porque en los países construidos a partir del marxismo (del otro campo conocíamos suficientemente bien su linaje colonial) las cúpulas dirigentes erigieron un pesado monumento a su monopolio sobre la verdad y la información y si la "coherencia dialéctica" hubiera sido ejercida antes. Pero como ya Lukacs lo dijo (aunque de manera más erudita), la clase dominante no quiere saber de qué se va a morir, por eso no lleva los análisis de clase hasta sus últimas consecuencias.

³ "El día después de un siglo", en: Suplemento Política, núm. 124, *El Nacional*, 19 de septiembre de 1991.

Muchas revoluciones no se han realizado, muchas otras hechas por diferentes sociedades no han cumplido con lo que ofrecieron, por eso, y a pesar de todo, subsiste la esperanza de acceder a un mundo que permita elevar sensiblemente la calidad de vida de sus habitantes. La cuestión del progreso, también implícita en mi trabajo de investigación —y que además me ubica como antropóloga evolucionista— me ha movido a considerar a la clase obrera no sólo como un sujeto social por conocer, y colaborar en la tarea de interpretar su historia, sino a fundamentar que dentro de esa clase se puede encontrar el caldo de cultivo más propicio para desarrollar primero la esperanza, luego la acción de transformación social; lo que no implica que otras clases o grupos no puedan moverse en el mismo sentido progresivo.

Es posible que en este aspecto sea exagerada mi confianza en la previsión de que la obrera es la clase revolucionaria por excelencia. Exagerada en el sentido de que la afirmación no está matizada, pues una cosa es la potencialidad y otra cosa es la posibilidad de que esa potencia emerja, cuestión que depende de la existencia de varias condiciones que tienen que ver con el movimiento de la sociedad y sus diversos segmentos y con el estado de la confrontación y los conflictos de clase, así como con el nivel técnico, educativo, político y organizativo de la población.

Ni uno ni varios estudios sobre la clase obrera podrán dar una imagen real del acontecer social si no los referimos al conocimiento del movimiento general de la sociedad y, sobre todo, si

no analizamos simultáneamente el plano objetivo y cultural de los sujetos a investigar (que la investigación va convirtiéndose en "objeto de estudio").

En el caso de mi trabajo sobre la posibilidad de emergencia de un proyecto sindical democrático alternativo en el sindicato petrolero, la construcción del objeto de estudio implicó descifrar parcelas relacionadas con el problema del poder, que en el análisis fueron reducidas a conceptos de diversa densidad sintética.

No fue sencillo, y tampoco sé si lo logré, dar un contenido concreto al concepto de democracia sindical, tan manido y las más de las veces tan hueco dentro de la fraseología sindical. Partí de un contenido mexicano y elemental del término, que además sintetiza ideas y prácticas que se definen como "democráticas": el reconocimiento de que solamente los líderes legítimos, los electos limpiamente por los afiliados, son capaces de negociar lo que las bases realmente necesitan para mejorar las condiciones de la venta de su fuerza de trabajo. "Democratizar" un sindicato en México ha tenido como significado esencial transformar las prácticas sindicales en el sentido de liberar los sindicatos del control monopólico que ejercen las burocracias muchas veces anquilosadas y casi siempre bendecidas por el poder político hegemónico.

Para concluir en una propuesta de las relaciones que el concepto "democracia sindical" engloba en las condiciones del sindicalismo mexicano, la investigación fue transitando por los contenidos de otros conceptos emparentados con el que me interesaba, es-

tudiados en otros contextos tanto desde la sociología, la historia y la politología —tal es el caso de los conceptos de burocracia sindical y oligarquía sindical—, como desde la antropología que ha estudiado los cacicazgos.

En esa revisión resultaron muy estimulantes los análisis hechos por la historia social inglesa y por militantes sindicales ingleses y norteamericanos que explican las situaciones que originaron la necesidad histórica de los sindicatos, así como el proceso de cambio que han sufrido en diversas etapas, en distintos países y entre sectores diferentes de trabajadores. Los autores estudiados no comparten lo que algunos llaman el "marco teórico", sin embargo, los seleccioné porque desde diversas ópticas proporcionaron aportaciones a la polémica sobre las potencialidades democráticas de los sindicatos y, por lo tanto, al conocimiento de realidades sindicales concretas en Inglaterra, Estados Unidos de América, Italia, Alemania y México.

Congruente, espero, con mi perspectiva, busqué dar cuenta de un complejo proceso de comportamiento sindical que emergió, cuando se reunieron varias condiciones propiciatorias, dentro de un marco de cultura político-sindical tradicional y hegemónica que controla masas, concentra el poder y produce y reproduce mecanismos, tanto corruptos como legitimadores para mantener ese poder, pero que no es infalible ni invulnerable.

La investigación concluye proponiendo una explicación del por qué y del cómo pudo sobrevivir un proyecto sindical democratizador, entre trabaja-

dores de un elevado nivel profesional, en medio o dentro de una estructura sindical que se define como un cacicazgo. Igualmente, al describir las prácticas contradictorias de dos sindicalismos donde uno tiene la hegemonía, se señalan las limitaciones —en espacios y en acciones— del proyecto democrático que se desgastó en una continua y cotidiana negociación de su derecho a la vida, si bien logró crear nuevas tradiciones obreras y modificar por lo tanto, el ritual de la cultura sindical predominante.

La investigación se ubica asimismo dentro de la subespecialidad de la antropología social mexicana que ya conocemos como “antropología del trabajo” y que pretende realizar estudios, mientras más íntimos mejor, de los diversos comportamientos obreros y de los trabajadores en general, a partir de su diversa integración a procesos de trabajo diferentes, y modelos distintos de asociación y organización y de la historia de cómo se ha construido una cultura obrera; todo ello en diversas etapas de la producción y la política en México.

Creo que ya hay varios ensayos dentro de la antropología del trabajo que añaden una dimensión más al México que el querido Guillermo Bonfil buscó conocer con ganas y mucho esfuerzo, poniendo de manifiesto que nuestro país es plural no solamente en términos étnicos y culturales, técnicos y políticos, sino también al incluir a los distintos grupos y clases de población que viven dentro de sus fronteras y fue-

ra de ellas que tienen varias historias que contar, y además que los intelectuales con funciones de recoger y transmitir esas historias tienen que hacer su trabajo con una mentalidad a tal punto abierta, que sea capaz de recoger efectivamente esa pluralidad.

Me parece que una visión dialéctica de la sociedad, si bien no puede prever todo el acontecer social, por lo menos puede permitir hacer reflexiones tentativas sobre los procesos que tienen lugar, y hacer inteligibles los diversos momentos históricos. Una ciencia social en movimiento implica también estar alerta para poder hilar lo que está pasando con lo que pasó.

Quizás el reciente derrumbe de estatuas antes veneradas no produzca alegría, dada la compulsión y la histeria con que se realizó (que Freud me perdone), pero sí debería ser inteligible para quienes se preocuparon por comprender las contradicciones sociales y por explicar el proceso de formación de los conflictos. Si la ciencia social sirve algo más que como objeto de interés académico para académicos, es precisamente por su posibilidad de adelantar interpretaciones útiles para vivir mejor y para evitar caídas que se pueden prevenir en la lucha libre cotidiana para sobrevivir.

He usado ya unas cuantas cuartillas rastreando mi filiación intelectual para poder decir, aunque ya no me escuche Angel Palerm, que de lo que digo ya no le echo la culpa a mis ancestros. Y aquí termino, por ahora.